

***Discurso pronunciado ante el Comité Ejecutivo Central del  
Sóviet del 27 de febrero de 1918***  
**León Trotsky**  
**27 de febrero 1918**

(Tomado de [El triunfo del bolchevismo, Obras escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov](#), páginas 70-74, formato pdf. El mismo Trotsky presenta este texto así en el libro citado: "...principales pasajes del discurso que pronuncié, en mi carácter de comisario del pueblo encargado del departamento de relaciones exteriores, en la sesión celebrada por el Comité Ejecutivo Central el 14 [27] de febrero de 1918")

*Discurso del comisario encargado de la sección de relaciones exteriores:*

Camaradas:

La Rusia soviética no solo está obligada a construir lo nuevo, sino a liquidar lo viejo. Gran parte de sus esfuerzos deben dedicarse a cancelar cuentas atrasadas, y entre otras las de esta guerra, que ha durado ya tres años y medio. La guerra ha sido una prueba terrible para la resistencia económica de las naciones beligerantes. La suerte de Rusia, país pobre y atrasado, estaba predeterminada en una guerra de desgaste. El papel decisivo ha correspondido en último extremo a la aptitud de cada nación de adaptar en breve término su industria, poniéndola al servicio del mecanismo militar, esto es, para producir cada vez con mayor rapidez y en cantidad mayor los elementos de destrucción incesantemente empleados en esta horrorosa matanza de naciones.

Durante los primeros tiempos de la guerra, todos los países, o casi todos cuando menos, aun los más atrasados, poseían medios poderosos de destrucción, ya que bastaba pedirlos al extranjero. Todos tenían, pues, esos medios, hasta Rusia. Pero la guerra consumía todos los capitales muertos, y era necesario renovar las existencias. La potencia militar de cada una de las naciones arrastradas al torbellino de la guerra mundial se medía por la capacidad constructora de cañones, granadas y otros medios de exterminio con los propios recursos y mientras la guerra continuara. Si ésta hubiera resuelto la cuestión de equilibrio de fuerzas en un término breve, hablando teóricamente, habría podido salir victoriosa. Pero la guerra se prolongó, y no por mero accidente. Tenía que ser necesariamente larga, aunque no fuera sino por el mero hecho de que, durante medio siglo, toda la política internacional ha estado reducida al establecimiento del llamado equilibrio, esto es, de la igualdad máxima de fuerzas militares entre los adversarios. El primero y el más notable de los resultados de este antecedente tenía que ser el agotamiento de los países más pobres, de los menos desarrollados económicamente.

Militarmente, Alemania era la nación más poderosa, gracias al extraordinario desenvolvimiento de su industria y a la coexistencia de la estructura racional, modernísima, de esa industria, y de su arcaica estructura política. Francia, con su sistema económico ampliamente basado en la pequeña producción, estaba muy lejos de nivelarse con Alemania, y hasta el poderoso imperio colonial de Inglaterra se mostró más débil que Alemania por el carácter conservador y rutinario de sus industrias.

Cuando la voluntad de la historia impuso a Rusia la iniciación de negociaciones de paz, no teníamos la menor duda de que, al no intervenir la fuerza decisiva del

proletariado revolucionario universal, habríamos tenido que pagar íntegramente las consecuencias de tres años y medio de guerra. Sabíamos perfectamente bien que el imperialismo alemán era un enemigo consciente de su fuerza colosal, como lo ha manifestado con deslumbradora evidencia durante la actual guerra.

Todos los argumentos de los círculos burgueses que sostienen la superioridad de que hubiéramos dado muestras en el caso de realizar una acción conjunta con nuestros aliados en las negociaciones adolecen de un error fundamental. Para estar unidos a nuestros aliados en las negociaciones de paz, habría sido necesario, en primer lugar, seguir unidos con ellos en la guerra; pero dada la debilidad y el agotamiento de nuestro país, la continuación de la guerra debía producir mayor debilidad y mayor agotamiento. El saldo tenía que presentarse con apremios más imperativos en el caso de la continuación del estado de guerra. Aun suponiendo que hubiera salido victorioso el partido a que nos ligaron las intrigas internacionales del zarismo y de la burguesía (esto es, el partido que encabeza Gran Bretaña); aun suponiendo, digo, que ese partido hubiera salido completamente victorioso (eventualidad que concedo momentáneamente, y que es improbable), no se sigue de ello, camaradas, que nuestro país saliera victorioso también, supuesto que dentro de la victoria de sus aliados, Rusia habría quedado en condiciones de mayor ruina y agotamiento que las actuales. Los que llevan la voz en este campo, y los que recogerían el fruto de la victoria (esto es Inglaterra y los Estados Unidos), habrían empleado con nuestro país los mismos métodos que ha empleado Alemania en las negociaciones de paz. Sería absurdo y pueril estimar la política de los países imperialistas partiendo de otras premisas que las del interés descarnado y la fuerza material. De aquí se deduce que si nosotros, como nación, somos hoy débiles frente al mundo imperialista, no lo somos porque hayamos roto el férreo círculo de la guerra, después de haber sacudido las cadenas de las obligaciones militares; somos débiles, porque nos ha traído a esta condición la política del zarismo y de la burguesía, contra la cual hemos combatido como partido revolucionario, antes de la guerra y después de haber comenzado las hostilidades.

Recordaréis, camaradas, las condiciones en que partieron nuestros delegados para Brest-Litovsk, inmediatamente después de una sesión del Tercer Congreso de [Todos] los Soviets. Les habíamos dicho cuál era el estado de las negociaciones y hasta dónde llegaban las exigencias del enemigo. Recordaréis que se nos pedía la anexión disfrazada, o a medio disfrazar, de Lituania, Curlandia, parte de Livonia y las islas del estrecho de Moon-Sund y una indemnización semicamuflada que creíamos ascendería de seis a diez mil millones de rublos. En un intervalo que duró diez días, estallaron serios disturbios en Austria, y hubo huelgas que nos indicaban la comprensión de nuestros métodos diplomáticos por parte del proletariado de las potencias centrales, frente a las demandas anexionistas del imperialismo. Falsea los hechos la prensa de la burguesía cuando afirma que necesitamos dos meses de *conversaciones* con Kühlmann para descubrir que los imperialistas alemanes se conducirían como unos bandidos. No; eso lo sabíamos de antemano. Pero nosotros procurábamos utilizar las *conversaciones* con los representantes del imperialismo alemán, para robustecer las fuerzas que luchaban contra él. No ofrecimos hacer milagros, pero afirmamos que nuestro método era el único de que podía disponer la democracia revolucionaria para asegurar su futuro desarrollo.

Podemos quejarnos de que el proletariado de otros países, y especialmente el de los imperios centrales, camina muy lentamente hacia el estado de abierta lucha revolucionaria. Sí; el ritmo de su paso es demasiado lento. Pero ya hemos visto en Austria-Hungría un movimiento que asumió las proporciones de un hecho nacional y que se produjo como resultado directo e inmediato de las negociaciones Brest-Litovsk.

Antes de que partiéramos de aquí, discutimos la situación y vimos que no había razones para creer que el oleaje sumergiría al militarismo austrohúngaro. Si hubiéramos

estado convencidos de lo contrario, habríamos formulado la protesta que ciertas personas pedían de nosotros, esto es, la de no firmar una paz separada con Alemania. Yo dije entonces que era imposible formular esa protesta, equivalente a aceptar el compromiso de hacer frente al imperialismo alemán y derrotarlo. Carecíamos de elementos para alcanzar esa victoria, y estando en la imposibilidad de cambiar el equilibrio y correlación de las potencias mundiales en un breve término, declaramos abierta y honradamente que el gobierno revolucionario podría verse obligado por las circunstancias a aceptar una paz de anexiones. No la aceptación de una paz que se nos impusiera por los acontecimientos, sino la tentativa tan sólo de ocultar su carácter de rapiña a los ojos de nuestro pueblo, era lo que verdaderamente podría poner término al gobierno revolucionario.

Anunciamos entonces que partíamos a Brest con el fin de continuar las negociaciones en circunstancias que, al parecer, eran más favorables para nosotros y menos ventajosas para nuestros adversarios. Seguíamos con atención los acontecimientos de Austria-Hungría, y ciertas circunstancias nos daban motivos para creer que Alemania estaba también próxima a ser teatro de acontecimientos del mismo orden, según podía deducirse de las insinuaciones hechas por los oradores socialistas en el Reichstag. Tales eran nuestras esperanzas, y después, durante la segunda estancia en Brest la telegrafía inalámbrica nos llevó, por la vía de Vilna, las primeras noticias de la gran huelga que había estallado en Berlín, huelga que, como el movimiento de Austria-Hungría, era resultado de las negociaciones de Brest-Litovsk. Pero, sucede frecuentemente por virtud del carácter *dialéctico* de dos filos que tiene la lucha de clases, precisamente el poderoso sacudimiento del proletariado, tal como nunca se había visto otro igual en Alemania, despertó a las clases acaudaladas y las unió en una actitud más irreconciliable.

Esas clases tenían suficientemente vivo el instinto de conservación para comprender que las concesiones, aunque parciales, otorgadas en tales circunstancias, hubieran sido poco menos que una capitulación ante la amenaza revolucionaria. A eso se debió que después del primer período de las conferencias (en el que Kühlmann siguió invariablemente la táctica de los retrasos, ya sea con aplazamientos de las juntas o poniendo sobre el tapete cuestiones secundarias puramente formales), no bien se reprimió el movimiento huelguista y consideró el delegado alemán que por el momento sus amos estaban fuera de peligro, volvió a tener confianza en sí mismo y asumió nuevamente su actitud agresiva. Las negociaciones se complicaron por la intervención de la Rada de Kiev. Ya lo dijimos la vez anterior: los delegados de la Rada se presentaron cuando su fuerza de organización era grande y cuando no se había resuelto aún la victoria. Hicimos una propuesta oficial a la Rada para que pactase con nosotros un arreglo definitivo, cuyos puntos esenciales serían declarar a Kaledin y a Kornílov enemigos de la revolución, y abstenerse de intervenir en nuestra lucha contra ellos. Los delegados de Kiev llegaron cuando más esperanzas teníamos de concertar ese arreglo a nuestra satisfacción. Claramente habíamos manifestado a la Rada que, si ella era reconocida por el pueblo ucraniano, la admitiríamos en las conferencias como miembro independiente. Pero, a medida que los acontecimientos se desarrollaban en Rusia y en Ucrania, y que los antagonismos entre las masas democráticas y la Rada se hacían más profundos, los delegados de esa asamblea aumentaban sus disposiciones a favor de una paz, de cualquier género que fuese, con las potencias centrales, y aún en caso necesario, para solicitar del imperialismo germánico que interviniese en los asuntos interiores de la República de Ucrania, a fin de que sostuviese la Rada contra la revolución rusa.

El día 9 de febrero [calendario nuevo] supimos que las negociaciones de paz entre la Rada y las potencias centrales se habían concertado a espaldas de nosotros. El día 9 de febrero era el cumpleaños del príncipe Leopoldo de Baviera, y, según la costumbre de los países monárquicos, la ceremonia histórica de la firma del tratado se fijó para ese día

festivo. Ignorábamos si el acuerdo sobre la fecha se hizo contando con la voluntad de la Rada, o sin solicitar su consentimiento. El general Hoffmann ordenó que se hiciesen salvas de artillería en honor de Leopoldo de Baviera, y pidió el permiso previamente a los ucranianos, pues según el tratado, Brest-Litovsk se incorporaba a Ucrania.

Sin embargo, precisamente en el momento de solicitarse ese permiso de salvas de artillería en honor del príncipe Leopoldo, los acontecimientos habían avanzado tanto que, salvo Brest-Litovsk, muy poco territorio le quedaba a la Rada. Apoyándonos en telegramas que acabábamos de recibir de Petrogrado, notificamos oficialmente a los delegados de las potencias centrales que la Rada de Kiev había dejado de existir, hecho cuya significación no podía ser extraña al desarrollo de las negociaciones de paz. Propusimos al conde Czernin el envío de representantes, acompañados de oficiales nuestros para que visitasen el territorio de Ucrania y pudiesen saber si existía o no su asociada la Rada de Kiev. Czernin pareció en un principio aceptar la idea, pero cuando le dijimos que la firma del tratado con la delegación de Kiev no debía hacerse sino después del regreso de sus enviados, empezó a vacilar, contestó que consultaría el asunto con Kühlmann, acabó por darnos una respuesta negativa. Esto pasaba el 8 de febrero, y al siguiente día se firmó el tratado. La ceremonia no podía retardarse, en primer lugar por ser el cumpleaños del príncipe Leopoldo, y en segundo lugar por una circunstancia muy seria que, naturalmente, Kühlmann había explicado a Czernin en estos términos:

-Si enviamos nuestros representantes a Kiev, y éstos descubren que ya no hay Rada, será necesario que nos entendamos sólo con los delegados rusos, lo que nos pondrá en situación desfavorable para el buen éxito de las negociaciones.

Los delegados austrohúngaros nos dijeron:

-Abandonad el terreno de los principios; situaos en el de las realidades. Si lo hacéis, los delegados alemanes procurarán llegar a una inteligencia con vosotros. Es imposible que los alemanes quieran continuar la guerra sólo para obtener las islas del estrecho, si formulan sus condiciones en términos más concretos...

Nosotros contestamos:

-Muy bien. Estamos dispuestos a asumir una actitud que ponga a prueba los sentimientos benévolos de nuestros colegas los delegados alemanes. Hasta hoy hemos estado discutiendo el derecho de los lituanos, polacos, letones y estonios a disponer de sí mismos, y hemos acabado por persuadirnos de que no hay probabilidades de conseguir ese fin, acaso por tratarse de naciones muy pequeñas. Ahora veamos qué clase de libre disposición de sí mismo conceden al pueblo ruso, y cuáles son los planes de estrategia que se ocultan en su apoderamiento de las islas de Moon-Sund. Estas islas, como parte de la República Estonia, como posesión de la República Federal Rusa, tienen un valor defensivo, mientras que en poder de Alemania constituyen un medio ofensivo, una amenaza a los centros más vitales de nuestro país, y especialmente a Petrogrado.

Naturalmente, Hoffmann no tenía la intención de hacer la concesión más insignificante. Y llegó el momento decisivo. Nosotros no podíamos declarar la guerra; éramos demasiado débiles para ello. El ejército se hallaba en un estado de completa disolución interna. Para salvar a nuestro país de la ruina, era necesario reforzar la organización interior de las clases trabajadoras. Esta unión moral podía realizarse únicamente por medio de una obra constructiva en los pueblos, en los talleres y en las fábricas. Las masas que habían atravesado la época colosal de miserias y catástrofes de la guerra eran llamadas por los centros de trabajo, en donde se rejuvenecerían moralmente y encontrarían la perdida disciplina. No había otro camino de salvación para el país, a quien se exige la expiación de los pecados cometidos por el zarismo y la burguesía. Teníamos la obligación de librarnos de la guerra y de sacar a nuestro ejército del matadero. Al hacerlo, nos dirigíamos al imperialismo germánico para decirle:

-La paz que me impones es una paz de violencia y despojo. No te autorizamos para que tus diplomáticos digan a las clases obreras alemanas que la revolución rusa aceptó tus demandas, condenadas por el proletariado alemán. Sí; somos débiles; no podemos luchar actualmente; pero nos sobra valor revolucionario para decirte que nuestra libre voluntad no acepta las condiciones escritas por tu espada sobre las carnes palpitantes de los pueblos.

No firmamos, y creo, camaradas, que cumplimos con nuestro deber.

Camaradas:

No digo que sea quimérico un nuevo avance de los alemanes contra nosotros. Antes creo demasiado peligroso negar esa posibilidad, si se considera el poder del partido imperialista alemán. Pero también creo que por la posición en que nos hemos colocado, todo avance pondrá en situación muy embarazosa a los militaristas alemanes. ¿Qué sucedería si avanzaran? Esta pregunta tiene una sola respuesta. Si aún es posible levantar el espíritu en los elementos más revolucionarios y sanos de nuestro agotado país, reducido como está a la desesperación; si es posible que Rusia se levante en defensa de nuestra revolución, lo será sólo como resultado de la situación presente, como resultado de nuestro abandono del campo de batalla y de nuestra negativa a firmar el tratado de paz.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)